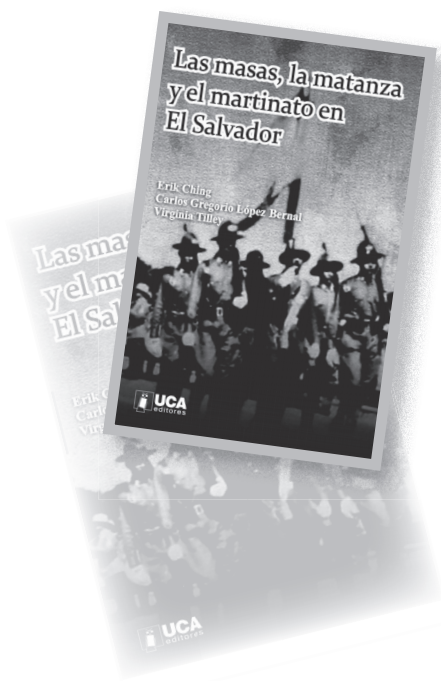


Rincón del libro

Luis Alvarenga

Erick Ching, Carlos Gregorio López Bernal y Virginia Tilley. *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. UCA Editores, San Salvador, 2007. 230 pp.



Este nuevo volumen de UCA Editores reúne una serie de ensayos acerca de los sucesos de enero de 1932 en El Salvador y sobre la llegada al poder del general Maximiliano Hernández Martínez. El hilo conductor de los trabajos de Ching, López Bernal y Tilley es la preocupación por aportar elementos de juicio sobre una coyuntura histórica cuya lectura ha estado muy condicionada a intereses político-ideológicos.

Esta lectura ideologizada del 32 parte, según los autores, del supuesto de que el Partido Comunista de El Salvador fue el protagonista y conductor de los levantamientos que fueron aho-

gados a sangre y fuego en la zona occidental del país. Dicha lectura permitiría legitimar los intereses de izquierdas y derechas en El Salvador. Por ejemplo, la percepción de que la atrocidad del 32 fue provocada por “los comunistas” y que Hernández Martínez, como hombre providencial, salvó al país, es algo que se encuentra implícito en el hecho simbólico de que la población de Izalco es el lugar escogido por la derecha para inaugurar sus campañas electorales. (Cfr. “Lecturas desde la derecha y la izquierda sobre el levantamiento de 1932: implicaciones político-culturales, de Carlos Gregorio López, p. 187 y ss. de la obra).

De igual manera, la hipótesis previamente aceptada del PCS como artífice del levantamiento del 32 sirvió durante décadas para auto-legitimarse como “vanguardia” del pueblo salvadoreño (*Ibidem*, p. 213 y ss.). Tal era uno de los argumentos que el PCS esgrimía a favor suyo en el marco de la lucha ideológica y política con otras organizaciones de izquierda en los años 70.

Empero, investigaciones como las ya conocidas de Erick Ching en los archivos del Partido Comunista de la Unión Soviética en Moscú han aportado elementos para reconsiderar el protagonismo del PCS en los hechos del 32 (Cfr., a este respecto, su ensayo titulado “Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932”, p. 35 y ss.). Además, Ching ha encontrado evidencias de que el PCS tuvo que

enfrentar serias luchas internas y que adolecía de capacidad organizativa como para articular un levantamiento de las dimensiones de enero de 1932. Lejos de pensar que la participación del PCS en estos hechos es una falsedad, los hallazgos de Ching deben conducir a una revaloración sobre cuál fue esa participación. Aquí surge la necesidad de citar otro libro sobre los mismos hechos y que ha sido también objeto de controversias: el clásico *Miguel Mármol, los sucesos de 1932 en El Salvador*, de Roque Dalton. El testimonio de Mármol, de su propio fusilamiento y de la represión política desatada por Martínez, son elementos suficientes para considerar que la izquierda sí tuvo una participación importante en los hechos. Empero, el trabajo de Ching ayuda a evitar la tentación de sobrevalorar esta participación o de darle una lectura que atienda a una sola causa o a un solo tipo de factores para interpretar el 32.

Así como hay una lectura políticamente ideologizada del 32, también hay una lectura culturalista que no deja de ser menos presa de la ideologización que la anterior. Según esta perspectiva, el 32 puede resumirse en que “constituyó un genocidio o etnogenocidio deliberado por parte del ejército; y que resultó en la desaparición generalizada de la etnia indígena” (Cfr. p. 98). Así, el ensayo “Indígenas, militares y la rebelión de 1932 en El Salvador”, firmado por Ching y por Virginia Tilley, también ataca otra supuesta

verdad: que El Salvador es un país que, a partir del 32, carece de población indígena.

Los autores no encontraron evidencia sobre las supuestas medidas represivas de Hernández Martínez que punían toda manifestación abierta de las prácticas culturales de las etnias indígenas. Por el contrario, lo que encontraron fue un panorama más complejo, en el que la creencia, de parte de las élites, en que “lo indígena” era un factor de atraso sociocultural y económico, se juntaba

también con la habilidad política de algunas comunidades indígenas de granjearse el favor de los militares para privilegiar sus intereses frente a sus rivales “ladinos”.

Bajo distintas líneas de análisis, entre las que también se encuentra un interesante estudio sobre la práctica del clientelismo político en la dictadura martinista, el libro abre nuevas discusiones acerca de uno de los más controversiales y dolorosos hechos de nuestra historia contemporánea.